

[www.puntodelectura.es](http://www.puntodelectura.es)

**JOSÉ MARÍA MERINO**

## El oro de los sueños

Crónicas de las aventuras verdaderas  
de Miguel Villacé Yólotl,  
noveladas por José María Merino



*Para Pablo*



## I

A veces me quedo absorto. En pocos instantes, en segundos, soy capaz de recordar o imaginar cosas que, si estuviesen ocurriendo de verdad, necesitarían mucho tiempo para desarrollarse.

Quizá estoy recibiendo la lección de fray Bernardino, miro sus labios moviéndose mientras declina, me distraigo, pasan por mi mente sucesos, rostros, lugares, historias. Peripecias que transcurren a lo largo de muchos días, aventuras descomunales que ocuparían meses. Pero cuando comprendo que estoy distraído y recupero la atención, puedo comprobar que apenas he perdido tres casos de la declinación que explica mi maestro.

O no pienso en nada, la mirada se me pierde en el cielo, o en los árboles, o en un objeto pequeñísimo —una semilla, un insecto— y se me hunde el pensamiento en ese sosiego que va disolviendo el bulto y el color de lo que veo, y los sonidos, los olores, hasta que todo se convierte en una sensación borrosa y me parece flotar en el agua cálida de algún río secreto.

Mi madre dice que esta facilidad para el ensimismamiento me viene de los suyos. Quedarse así, pensando

muchas cosas a la vez. O dejarse mecer, como en una corriente suave, en un fluido sin significado que es pura mezcla de luces y sonidos y aromas.

Aquella tarde estaba preparando un retel —nos íbamos a ir de pesca los muchachos al arroyo del cerrito— y me encontraba flotando en una de mis ensoñaciones. Me gusta entretenerme en esas labores que obligan a repetir minuciosamente destrezas de los dedos, para construir cosas. Ya terminaba de tejer la redecilla y la iba atando al aro; embebecido en mi tarea, recordaba alguna de las aventuras que me narraba el padrino: aquellas de don Amadís, hijo de Perión, rey de Gaula, y de la princesa Elisena de Inglaterra. Quizá hasta murmuraba, sin darme cuenta, frases del famoso caballero, a punto de emprender singular combate con su hermano Galaor, sin reconocerle.

Era una tarde calurosa del tiempo seco. Enfrente de mí, sentadas en la tarima, a la entrada del bohío, mi madre tejía y mis dos hermanas, ayudadas por la anciana Micaela, desgranaban maíz. Mi cotorra gritaba palabras de la vieja lengua, increpando acaso a unas pavas que picoteaban bajo ella, junto a la casa, rodeadas de su pollada.

Ajeno a todo, yo iba tejiendo los pequeños nudos y me sentía protagonista de alguna aventura, cuando un repiqueteo de cascos me sacó de la distracción. El galope provenía del camino del poblado. Aquel galope era un hecho insólito en los usos del caserío, donde el tiempo transcurre con una placidez sin estridencias, marcada sólo por las faenas del campo y sus rutinas. Me alcé y avancé unos pasos, para descubrir al jinete. Yo estaba en la casa del abuelo, la más antigua del caserío, que había sido edificada mucho antes de la conquista, en los tiempos de la an-

tigua religión, y tenía las esquinas redondeadas, en honor al dios del viento.

Llegué al borde de la tarima y pude ver el camino: reconocí de inmediato el caballo blanco de mi padrino y, sobre la cabeza del jinete, aquellas plumas largas y multicolores con que a mi padrino le gusta adornar sus sombreros. Pero no venía solo: junto a él galopaba otra caballería oscura, que montaba algún eclesiástico, pues los hábitos se le arremolinaban, en la carrera, alrededor del cuerpo.

Que mi padrino viniese a aquellas horas, con la so-lana de la tarde, era bastante extraño. Pero aún lo era más que obligase a galopar a su caballo de aquella manera: se trataba de un caballo de raza, de excelente índole, pero de mucha edad; y mi padrino solía llevarlo a un paso tranquilo, sin exigirle ningún esfuerzo, para hacer placenteros y cómodos los últimos paseos del animal que, según decía, le había ayudado a salvar la vida en más de una ocasión, sobre todo en las batallas de México-Tenochtitlán.

Llegaron entre una nube de polvo, alborotando a las pavas y a las gallinas. La cotorra graznó y aleteó con sus to. Mi padrino, tras desmontar, me alargó las riendas.

—¿Vas de pesca? —me preguntó.

A pesar de su afabilidad, me pareció más serio que de costumbre.

—Cuando sea más tarde —repuse.

—Llévatelo a la sombra —dijo—. No lo abreves aún.

El otro jinete era el padre Bavón, un compañero de mi padrino en las guerras del otro lado de la mar y en la conquista de la Nueva España, que al correr de los años se había hecho fraile.

Me acerqué a él y le besé la correa. Me dio un suave cachete.

—¿Cómo va *De bello gallico*? ¿Consigues desasnarte ese santo varón de fray Bernardino? ¿Te aplicas? ¿O se te escapa el alma al cielo cada poco?

Yo entonces no sabía si la seriedad con que me hablaba el padre Bavón era real o si ocultaba una chanza. Siempre que me encontraba, me hacía parecidas consideraciones, recriminándome esos embelesos míos que tanto suelen desconcertar y hasta enfadar a mis superiores y maestros.

—Estoy aprendiendo mucho —balbucí.

—Ya veo. Sin duda ahora estabas repasando —dijo, señalando el retel que colgaba de mi mano—. Mejor se te da la pesca que los latines. La cabra siempre tira al monte.

Antes de seguir a mi padrino, me alargó las riendas de su caballería.

Mi padre había sido compañero de ambos. Al parecer, los tres fueron muy amigos. Mi padre y mi padrino, desde la niñez, pues provenían del mismo pueblo y, cuando fueron mozos, como ninguno de ellos era primogénito de su casa, decidieron recorrer el mundo y se habían alistado como soldados. En sus correrías, que mi padrino contaba unas veces y otras evocaba con vagas referencias, entre suspiros y gestos de risueña picardía, habían conocido a Bavón, todavía soldado. Los tres llegaron juntos a la isla de Cuba, donde se establecieron, y habían participado en varias expediciones y descubrimientos, antes de seguir a Hernando Cortés.

De mi padre hacían grandes y largas alabanzas. Ponderaban su intrepidez, que nunca oscurecía su prudencia.

Pero, sobre todo, le recordaban como un hombre de corazón leal. Narraban —y yo no me cansaba de oírlo— cómo había desaparecido, precisamente en un trance de generoso sacrificio, durante una exploración que había concluido de modo desastroso.

Fue unos años después de lo de México, cuando los tres se habían instalado ya en el poblado. Noticias de una ciudad riquísima, perdida entre la vegetación pero muy cercana a las tierras recientemente conquistadas, les animaron a su descubrimiento. Nunca encontraron la ciudad, y la hostilidad del terreno y de los indios de aquella tierra hicieron muy duras las jornadas.

Mi padre desapareció en una de las escaramuzas, una tarde de aguacero, mientras protegía con disparos de su ballesta la retirada de los compañeros, asediados por las flechas y las lanzas enemigas.

Yo me quedé sosteniendo las riendas de las caballerías y les contemplé mientras subían a la tarima del bohío. Mi madre se había puesto en pie y se colocó sobre la cabeza las puntas de su manto. Mi padrino se detuvo ante ella, se quitó el sombrero y se inclinó.

—Dios os guarde, doña Teresa —dijo.

—Él os bendiga, compadre —repuso mi madre—. Y a vos, fray Bavón.

Se acercó a ellos con cierta precipitación.

—¿Es que hay alguna alarma?

—No os inquietéis —contestó mi padrino—. Nada malo sucede y acaso habrá fortuna y honra para todos.

Entonces mi madre les invitó a entrar y ordenó a la vieja Micaela, que los niños indios llaman por broma Cuestzpalín, Lagartija, que sirviese unos refrescos.

Yo me llevé de prisa las caballerías al cobertizo, tras el secadero de cacao y, aunque ni las reglas de la buena crianza ni la propia estimación puedan tolerar que se escucharan solapadamente conversaciones a las que no se ha sido invitado, recorrí con sigilo la trasera del bohío y me acerqué a un punto donde me era posible ser oyente furtivo y no sospechado de aquella charla. Comprendí en seguida que hablaban de mí.

—Pero si es un niño —exclamaba mi madre.

—Mi buena Teresa —decía el padre Bavón—. Ahora es cuando Miguel está a punto de dejar la niñez. Así lo quiere la naturaleza y es bueno que el pollo vaya estrenando los espolones.

—Apenas ha cumplido el cuarto de un atado —dijo mi madre, como en defensa de alguna actitud.

Hablaba con las cuentas del viejo calendario, pero me hacía más pequeño de lo que yo realmente era, pues había cumplido ya los quince años y el cuarto de un atado de años son sólo trece.

Las voces de ellos, marcando el acento de las tierras donde nacía el sol, tan bronco, tenían como contrapunto la suavidad con que mi madre pronunciaba las palabras españolas. Sin verlos, sólo en el sonido de su charla, la voz de mi madre me parecía más dulce que nunca, y encontré en ella una congoja que me apenó.

—Mirad, doña Teresa —adujo mi padrino, hablando con lentitud—. El padre Bavón habla atinadamente. El muchacho ya está en la pubertad. Es la edad conveniente para que se inicie en la vida que corresponde a un hijo de tan noble soldado y descubridor.

Guardaron silencio unos instantes. Acaso bebían. Al otro lado del edificio se oían las voces de las niñas jugando. El sol lo iluminaba todo con esa claridad rotunda que parece imposible que pueda extinguirse al cabo de pocas horas. Oí suspirar a mi madre. Luego, habló con voz muy leve y humilde, pero en la que se manifestaba una sutil firmeza.

—En una empresa semejante le perdimos para siempre —dijo.

—Señora —repuso mi padrino—. Yo nunca dejaré de llorar aquella pérdida. Mi compadre Tomás era, más que un amigo, mi hermano del alma.

—Nada os reprocho, Santiago —repuso mi madre—. Pero he recordado que fue una tarde como ésta, también de gran calor, cuando ambos vinisteis a proponérselo.

Entonces habló el padre Bavón, y me pareció encontrar en sus palabras una dureza que nunca hubiera podido sospechar.

—Teresa —dijo—. También los linajes tienen sus destinos. Del linaje de su padre le viene al muchacho la obligación del riesgo, y el no contentarse con poco.

En la dulce voz de mi madre, que respondió con rapidez, asomó un punto de orgullo.

—Como sabéis, tampoco mi gente se tuvo nunca en menos, ni lo fue.

Terció entonces la voz de mi padrino, conciliadora.

—Señora Teresa —dijo—. Miguel es para mí mucho más que un ahijado, como su padre fue mucho más que un amigo. Le tengo el mismo amor que hubiera tenido a un hijo de mi carne. Confíad en que velaré por él con extraordinario cuidado.

El padre Bavón tomó otra vez la palabra, con su voz recia:

—Y considerad, mi buena Teresa, que no es solamente para encaminarle en su primera madurez por lo que os pedimos vuestro consentimiento. La empresa tiene visos de ser muy afortunada. Y si concluye como esperamos, con la ayuda de Dios Nuestro Señor, vuestro hijo conseguirá rentas que sostengan a la familia para toda la vida, con arreglo a los merecimientos de su condición.

Oí claramente cómo mi madre suspiraba de nuevo.

—Sea —exclamó—. Voy a llamarlo.

La sentí levantarse y cruzar el suelo de madera. Al cabo, su voz se desparramó, cristalina, en la tarde soleada:

—¡Miguel!

Esperé unos instantes. Luego me dirigí a la entrada del bohío, esforzándome por manifestar en mi rostro la más inocente expresión de ignorancia.

Estaban los tres sentados junto al escritorio de mi padre, la mesita cubierta de terciopelo que yo he mirado de niño con tanto respeto como un altar, donde mi padre escribía las relaciones de sus peripecias, en una narración que había quedado interrumpida cuando él desapareció y que mi madre conserva, los papeles casi ocres, con veneración de santas reliquias. La vieja escribanía de plata, ya muy abollada, relumbraba en la penumbra.

—Miguel, muchacho —dijo solemnemente mi padrino—. El padre Bavón y yo hemos solicitado de tu madre licencia para que nos acompañes a descubrir. Ella ha consentido.

Estábamos los cuatro quietos y yo ponía toda mi atención en sus palabras.

—Deberás estar en mi casa, el domingo, tras la primera misa. Habrás de llevar mudas, calzado común, unas botas, sombrero, navaja, un cacillo. Y la celada y la coraza que dejó tu buen padre. Yo te daré una espada que te convenga.

Me quedé mirándole, sin responder nada. En mi corazón, a pesar del espionaje previo, había retumbado la emoción de una sorpresa verdadera.

## II

No tuve plena conciencia del asunto hasta el día siguiente. Quiero decir que mi sorpresa, la súbita emoción sentida al escuchar a mi padrino y saber que me esperaban los azares de una empresa guerrera, quedaron aquella tarde amortiguadas por la pesca y la compañía de mis amigos. Pues cuando mi padrino y el fraile se alejaban otra vez, camino del poblado —llevando entonces sus cabalgaduras a un trotecillo moderado—, llegaban los muchachos provistos de cañas y reteles, y yo me marché con ellos.

No les dije nada; en el bullicio de la excursión y del baño, en el entretenimiento de la pesca, me olvidé totalmente de la visita y de la noticia, como si algo en el fondo de mi alma prefiriese que aquello no hubiera sucedido. Y aquella noche dormí sin sobresaltos ni pesadillas, como lo había hecho a lo largo de toda mi vida anterior.

Pero a la mañana siguiente, antes de comenzar mi clase con fray Bernardino, él me miró fijamente. Sus ma-

nos se mantenían con firmeza sobre el libro cerrado, como si aquel día no fuese a abrirlo e impartirme su lección. Y aunque el acto de abrir el libro y comenzar la lección significaba para mí, cada mañana, una inevitable tortura —pues soy muy poco dotado para el latín—, en la actitud de fray Bernardino aquella mañana, en lugar de encontrar una apariencia de vacación y holganza, sospeché algún suceso funesto, peor que la más diabólica de las oraciones subordinadas. De pronto, su silencio y su gesto me hicieron recordar las figuras de mi madre y de los dos visitantes, en la conversación de la tarde anterior.

—Me han dicho que te vas a explorar, que te hacen descubridor —dijo, por fin.

Yo asentí con la cabeza.

—Ayer le pidió mi padrino licencia a mi madre para que me dejase acompañarle.

—Tu padrino y ese fraile bisoño no están en sus cabales —exclamó, dando un palmetazo sobre el libro—. Ya no es tiempo de cabalgadas ni de descubrimientos.

Estaba muy serio.

—Ya basta de combatir. Es menester colonizar. La pacífica tarea del labrador debe sustituir el alboroto del soldado.

Apartó sus ojos de mí y contempló con interés un punto. Yo volví la vista; una gran mariposa amarilla revoloteaba en el vano del ventanal. Mientras la miraba, continuó hablando. Me pareció que en su voz había un tono melancólico.

—Es esa enfermedad del oro. Les roe las entrañas como un cáncer. Bajo su signo se hacen lobos feroces. La imaginación de ese brillo les vuelve la vigilia ensoñación y quimera.

Guardó una pausa. Luego me miró de nuevo y abrió el libro con brusquedad. Yo sentí un paradójico alivio al comprender que, después de todo, iba a darme la lección.

—¿Cuándo partís? —preguntó.

—El domingo —dije.

—Rezaré por ti. Le pediré a Nuestra Señora su intercesión para tu cuidado. Por que regreses con tu pobre madre. Y ahora, presta atención: *Alexander, rex Macedonum, bellum intulit Dario, regi Persarum.*

Aquella noche tardé en dormirme. De pronto, comprendía el verdadero alcance de la empresa y me sentía preso de una extraña desazón, como si aquella partida que se aproximaba significase un paso fatal que nunca podría deshacer. Sentía miedo de no regresar jamás a mi casa; a una noche tibia como aquella, en el lugar de los míos; a la vida con mi madre, mi abuelo, mis hermanos; a la compañía de mis amigos. Hasta pensaba en la futura ausencia de fray Bernardino y sus latines como en un doloroso vacío. Pero al tiempo, aquel futuro lleno de azar que se abría ante mí ofrecía un atractivo incógnito, pues acaso me aguardaban en él las hazañas y los portentos que había leído en los libros, o que me habían contado los descubridores veteranos.

Mi hermano, que tampoco dormía, me hablaba desde su hamaca. Había regresado aquella tarde de pasar unos días en casa del hermano mayor de mi madre. De los cuatro hermanos que somos, él es el más pequeño. Entonces tenía once años. Había nacido al poco de desaparecer mi padre. La noticia de mi partida le había llenado de una emoción aventurera.

—¿Y montarás un caballo? —preguntaba.

—Seguramente —decía yo.

—¿Y aprenderás a disparar el arcabuz?

—No lo sé. Supongo que sí.

Por un lado, prefería que me dejase tranquilo, rumiando mis pensamientos contradictorios. Por otro, su voz susurrada en la oscuridad era como un refugio seguro, el mensaje que daba testimonio del mundo cotidiano y pacífico en que todavía me encontraba.

—¿Y matarás a muchos?

No supe qué contestar. Entre los inescrutables azares del futuro, no se me había ocurrido tal posibilidad. Él insistía:

—¿Matarás a muchos?

—No lo sé, Marcos —dije—. Duérmete ya.

Él guardó silencio unos instantes. Luego, me llamó otra vez.

—Migo —dijo.

(A mí me llaman Migo, desde que era un niño, los compañeros y los hermanos.)

—Qué.

—Migo, el tío no quiere a los españoles. Dice que son bravucones, avariciosos. Estaba hablando con otros hombres del poblado y yo lo oía. Cuando quedó solo, le dije que nuestro padre no era eso. Se lo dije. ¿Y sabes qué hizo?

—Qué.

—Me miró sin hablar. Me miró y luego me mandó que me fuese a jugar con los primos. Eso hizo.

No contesté. Siempre me había parecido encontrar en aquel hermano de mi madre frialdad y lejanía ante las gentes del país del sol naciente.

—Migo.

—Qué.

—¿Verdad que es pecado eso? ¿Es el tío un pecador?

—Calla y duerme —le dije, al fin—. ¿No ves que el tío va a la misa y cumple los Mandamientos?

—Oye, Migo.

—Se acabó —exclamé—. Déjame dormir.

Él se durmió en seguida, pero yo seguí despierto mucho rato aún, escuchando los ruidos de la noche.

Al día siguiente tuve mi última clase de latín. Fray Bernardino, como si quisiera hacerme más grato el recuerdo de sus lecciones, escogió las partes más fáciles. Al concluir, me acompañó hasta la puerta del monasterio, me despidió con un breve abrazo y regresó, con su paso rápido, a la penumbra de los pasillos.

Era viernes. Un gran aturdimiento me mantenía embotado, en un torpor parecido al de la fiebre. Los preparativos de mi equipaje debían ser insignificantes, pero tanto mi madre como la vieja Micaela mostraban una actividad —lavado y remiendo de ropas, arreglos de calzado, elaboración de un sombrero de cuero y petos acolchados de algodón— que parecía destinada a pertrechar varios guerreros.

Por la tarde me puse a bruñir la coraza paterna, y la celada. En aquella operación conseguí abstraerme hasta el olvido de lo que me rodeaba. Y otra vez soñaba ser don Amadís, que preparaba sus armas antes de alguna aventura contra gigantescos adversarios.

La coraza, aun con las correas dispuestas en el último lugar de apretura de las hebillas, resultaba ancha para mi cuerpo. En cuanto a la celada, también me quedaba grande y la vieja Micaela preparó una almohadilla de al-

godón que, ajustada previamente a mi cráneo, me permitía al menos ver libremente, sin que la celada me tapase los ojos.

El sábado estuve bastante triste. Recorrí los diferentes lugares del caserío, que la costumbre me había hecho tan conocidos, pero que la propia familiaridad me había impedido ver con aquella precisión: la humedad en torno a los pozos, donde se enmarañaba una vegetación diversa; los cobertizos del cacao, en cuyos tejados reposaban las pequeñas iguanas; la leñera, que albergaba, como si de una música acordada se tratase, el bordoneo de numerosos insectos; las cuadras y los silos y los almacenes, ostentando cada uno de los edificios la singular identidad que empezaba con su olor y seguía manifestándose hasta en la sombra que proyectaban y en los ecos de sus ruidos.

Toda la gente me hablaba con afecto, pero a mí me parecía verlos diferentes a los demás días, como si ya me hubiese marchado y ellos no correspondiesen a mi presente, sino a un recuerdo muy vivo de las personas que me habían rodeado en una vida pasada, en una existencia perdida ya para siempre.

Aquel mismo día me despedí del abuelo. Me sorprendió lo poco locuaz que estuvo conmigo. Parecía no dar demasiada importancia a la empresa que me esperaba y apenas hizo algunos comentarios sobre mi partida.

Cuando llegó la hora de acostarse, me quedé adormilado muy pronto. Pasada la emoción de los primeros días, mi hermano Marcos dormía profundamente. De pronto, me despertó alguien que me movía con suavidad, sujetándome los brazos.

—No temas —susurró—. No tengas miedo. Soy yo.

Supe que se trataba de Francisquillo, el criado de mi abuelo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Silencio, no hables, no digas nada —contestó, en la vieja lengua—. Ven acá, sígueme. Tu abuelo quiere verte, quiere hablar contigo.

### III

Me levanté y fui tras él. En el cielo de la noche, muy negro, resplandecían las estrellas. Las casas estaban oscuras y en silencio. Francisquillo me acompañó hasta la estancia en que mi abuelo solía reposar cuando la estación seca. Rodeado de un alto tapial, era un lugar techado en su mayor parte, que permitía contemplar el cielo a través de un largo espacio descubierto.

Francisquillo me dejó en la entrada. Un misterioso reverbero, suave y temblequeante, revoloteaba entre la sombra, como hierba de luz que ondease fantasmalmente bajo un viento de sombra. Penetré.

El reverbero provenía de muchas candelillas y velas encendidas, que se dispersaban en el suelo de la estancia. Al principio, no fui capaz de desentrañar el significado de aquellas luces. Cuando mis ojos reconocieron el lugar, descubrí que rodeaban un pequeño túmulo, o altarcillo, sobre el que brillaba un objeto. Había un bulto delante: era mi abuelo, sentado sobre sus piernas arrodilladas. Mantenía inmóvil el cuerpo, pero sus manos desparra-

maban pétalos de flores en el suelo, ante sí. Le oí murmurar una salmodia suave.

Del mismo modo que había tenido una inicial confusión, antes de acostumbrarme a aquella iluminación, tardé unos instantes en comprender lo que mi abuelo estaba haciendo. Pues también su aspecto era inusual y extraño. Estaba desnudo, salvo un faldellín que le cubría las vergüenzas, y tenía todo el torso, en el pecho y en la espalda, cubierto de marcas de pintaderas: huellas de felino, rastros de pájaro.

Me sentí inmediatamente atrapado por un sentimiento de horror: ya que mi abuelo, de aquella forma adornado y postrado, estaba rindiendo culto a un ídolo.

Muy a menudo nos advierten los buenos frailes del continuo acecho del diablo, que a todos nos quiere llevar al mal sendero, pero muy especialmente a quienes fueron sus antiguos adoradores, bajo la advocación de los antiguos dioses. Y aunque los españoles trajeron la fe verdadera y, tras la conquista, la pacificación originó la conversión y el bautismo de los indios, quedan al parecer gentes que, devotas aparentemente de la nueva fe, permanecen sin embargo fieles, en el secreto de sus corazones, a aquellos dioses de la antigua religión. Y yo descubría que mi abuelo era uno de ellos.

A mi horror se unió un sentimiento de miedo, pues conocía —a través de esas informaciones musitadas, que dan a las noticias un significado doblemente sombrío— hasta qué punto aquella idolatría, de ser conocida, acarrearía un proceso y un implacable castigo.

Mi abuelo levantó al fin la cabeza y me dijo que me acercara. Hablaba también utilizando la vieja lengua:

—Acércate. Ven. Arrodiállate a mi lado.

Sin responder nada, le obedecí. Las lucecitas bailaban en la penumbra, rodeándonos de un halo amarillento y tembloroso. El abuelo señaló al cielo. Alcé la cabeza y, en el espacio exento de techo, entre la pared frontera y el alero de la casa, vi brillar el firmamento apretado de estrellas. Un gran lucero lo cruzó, dejando una estela luminosa.

—El Que Se Inventa A Sí Mismo no descansa —exclamó mi abuelo, sembrando ante el altar los últimos pétalos.

A la luz de aquellas llamas vacilantes, parecía menos viejo, como si hubiese perdido las arrugas que cruzaban su rostro. La sombra disimulaba también sus encías desdentadas, y el murmullo de su voz —pues hablaba con un tono muy bajo— parecía recuperar un aire juvenil.

—Escucha. Cuando salgas de aquí, debes olvidar lo que ahora ves. Pues yo soy tu abuelo; el mismo que, por las mañanas, hace la justicia como regidor del poblado; el mismo que te acompaña a las misas del monasterio, las fiestas de guardar; el mismo que pide a Nuestra Señora la Virgencita por toda nuestra gente.

También había un brasero de barro, del que comenzaba a salir una suave humareda aromática.

—Escucha. También sigo siendo el mismo que era cuando ellos llegaron. Así, debo vivir llevando en mí dos mitades: una de mis mitades pertenece al tiempo viejo; la otra de mis mitades pertenece a este mismo tiempo que estamos viviendo.

Yo le escuchaba mientras seguía observando el altar. El ídolo parecía de oro: era una figura humana, sentada, con las piernas cruzadas, el torso encorvado, que sostenía

sobre su cabeza un enorme tocado redondo. Mantenía extendidos frente a ella los brazos, con las manos apoyadas en las rodillas. Tenía el rostro de un viejo, con la lengua asomando de la boca y dos grandes pendientes redondos colgando de las orejas.

El altar era una piedra cúbica, grabada de bajorrelieves. A los pies del pedestal vi el bulto exánime de un perrillo y sentí un escalofrío: pues sin duda mi abuelo lo había sacrificado ante el ídolo.

—Tú verdaderamente eres de los dos, de ambas harinas estás amasado. Las dos sangres cruzan tus venas, ambas baten en tu corazón. Eres de la estirpe de los hijos del sol, y de nuestra estirpe, que viene del maíz. No puedes dejar de pertenecer a ambos. Estar así constituido no es común, ni fácil: mas debes obligarte a que nunca se pierda en ti el equilibrio de las partes.

Buscó entre sus ropas y sacó al fin un pequeño objeto brillante.

—Ya te vas al riesgo, a los peligros, nieto mío. He sacrificado a Huehuetéotl, que lleva sobre su cabeza el fuego que lo origina todo, que todo lo consume. Para propiciar tu seguridad hice el sacrificio. Mañana se lo pediré también a la Virgencita, a la madre de Jesús, con oraciones, en la misa. Ahora, toma.

Me alargó una figura brillante que colgaba de una cadenilla.

—Llévalo colgado del cuello. Procura que no sea visto.

Era un pequeño colibrí de oro. Me lo colgué y lo guardé bajo mis ropas.

—Vete a dormir, reposa —añadió.

Me incliné para besar sus mejillas, y el tacto de su piel me devolvió la certeza de aquellas arrugas disimuladas por la iluminación vacilante de las candelas.

Salí de la estancia. Francisquillo, que vigilaba en el exterior, me despidió con un breve saludo. Bajo la noche, crucé el terreno que separaba los edificios y entré en mi casa, donde todo estaba quieto. Me tendí en mi hamaca, esperando un largo desvelo. Pero mi horror y mi miedo habían desaparecido y me encontraba inmerso en una extraña paz. Sin darme cuenta, me quedé dormido.

## IV

Los viajes, con sus cambios, afectan singularmente a nuestros sentimientos y emociones. Así, a las tres horas de haber partido, mientras el carruaje —tirado por un par de mulas y flanqueado por el caballo que mi padrino destinaba para montura suya— dejaba atrás los volcanes de mi tierra natal y descendía velozmente a la llanura, yo había olvidado ya las lágrimas de mi madre y los besos y abrazos de mis hermanos, y me sentía gozosamente dispuesto ante cualquier novedad, apreciando con sorpresa placentera las modificaciones del color del terreno, los distintos cultivos, la forma y tamaño de los árboles y el color de los vestidos de los escasos seres humanos que recorrían los parajes.

El puerto estaba a dos días de camino, casi tres. Una de las noches dormimos en un bohío que hacía de posta.

La otra, bajo las estrellas, en un recodo del terreno protegido por abundante vegetación.

Llegamos a la ciudad a la hora del ángelus. Yo nunca había visto otros poblados que el de mi nacimiento, y me impresionó la visión de la ciudad: tendría más de setenta casas, muchas de ellas de cal y canto, cubiertas de tejas, y tres iglesias enormes, de piedra, en cuyas altas torres repicaban las campanas.

Las casas se alineaban en calles tiradas a cordel, que desembocaban en el puerto. Fue entonces, al llegar al puerto, cuando vi por vez primera el mar y los barcos. Como una arboleda, los mástiles se balanceaban sobre aquellas moles de madera. Recordé lo que el abuelo me contaba de la llegada de los españoles a la costa: cómo los vigilantes transmitían la noticia de que aquellos barbudos venidos del sol iban sobre montes que recorrían el mar. Pues, ciertamente, aquellos grandes armazones podrían parecer montículos, islotes, a los ojos que los vieses por vez primera.

Entre todas las naves había una que sobresalía por su tamaño: era, al parecer, la capitana de nuestra empresa, una nao, que algunos llamaban carraca. Junto a ella se alineaban otras tres naves, dos muy parecidas, con construcciones altas en la parte delantera y en la trasera, y una más pequeña, que carecía de construcción alguna en la cubierta. Eran dos carabelas y un bergantín.

Aquellos cuatro barcos constituían nuestra flota. La nao se llamaba Bernabela. Una de las carabelas se llamaba Virgen de la Zarza y la otra, San Froilán. En cuanto al bergantín, tenía por nombre San Esteban.

Un grupo de indios, a las órdenes de los españoles, iba cargando en los barcos sacos y toneles, bultos e instrumentos, jaulas con cerdos y gallinas.

Los alrededores del puerto estaban animados por una gran multitud. Había bastantes hombres vestidos como mi padrino, también con plumas en los gorros y la espada al costado; otros armados con coseletes y hasta con cotas, como si fuesen insensibles al pegajoso calor. También había algunas damas, con largos vestidos, que se daban sombra con sombrillas y parasoles. Se hablaba generalmente la lengua castellana, pero también había allí alemanes, italianos y portugueses. Al resguardo de un gran toldo, en enormes ollas arrimadas a unos fuegos, varios cocineros preparaban la comida. El olor a viandas bullentes se mezclaba con los de la brea, los animales de las jaulas y las aguas del muelle.

Había también varias jaulas con grandes perros que llevaban en el cuello poderosas carlancas y que enseñaban con furor sus fauces a los paseantes, entre ladridos y rugidos violentos.

Mientras mi padrino y el fraile arreglaban nuestros asuntos, yo deambulé por el puerto y sus alrededores, donde alternaban los comercios con las tabernas y los mesones. Al cabo, bajé hasta la orilla del mar y me senté a la sombra de unos árboles gruesos, de hojas anchas y robustas, no muy altos. La arena era blanca y suave como la flor de la harina. El agua era muy azul, y venía a golpear contra la orilla, derramándose en una sucesiva línea de blanca espuma. Al compás de aquellas ondas, se repetía el eco del golpe de las aguas, modulando un ruido a la vez sordo y sonoro, que nunca cesaba.

Me quedé absorto, sin que ninguna imagen distinta de la luminosidad azul y blanca, que tan bien acompañaba aquel sonido, turbase mi ensimismamiento.

De pronto, me sacó de mi embeleso un ruido diferente: una figura bajaba corriendo bajo los árboles y sus zancadas aplastaban la arena con un chirrido seco. Cuando se acercó, comprobé que se trataba de un muchacho como de mi edad. Iba descalzo y vestía, muy deterioradas, ropas similares a las que había visto yo poco antes en los marineros de los barcos. Llevaba sobre la cabeza una gorra de lana de color rojo desvaído y apretaba contra el pecho un bulto que no pude identificar. Cuando llegó ante mí, se detuvo. Pareció titubear, mirando alrededor. Por fin, mudó la dirección de su carrera y se ocultó entre la masa de vegetación que crecía en el límite del arbolado, al borde de un pequeño reguero.

Apenas unos instantes más tarde, oí voces que se acercaban. Siguiendo la dirección que había llevado el muchacho, corrían hacia la playa dos figuras. Cuando estuvieron cerca reconocí, por sus grandes mandiles, a dos de aquellos cocineros que se afanaban en torno a las ollas humeantes, preparando la comida.

Como si fuesen armas, esgrimían cucharones de madera y largos tenedores. También se detuvieron ante mí. Uno de ellos, tras contemplarme fijamente y enjugarse con el mandil la frente sudorosa, me preguntó:

—¿No habéis visto pasar corriendo a un grumete?

Yo no contesté nada. Desconcertado por su tratamiento, me había puesto de pie y me sacudía la arena de los fondillos.

—Nos ha robado un capón, el maldito —añadió el hombre—. Ha tomado un capón y ha huido como el rayo.

Desde el punto en que me encontraba, vislumbré el bulto del muchacho, acurrucado entre las ramas del matorral. Una extraña intuición me hizo hablar entonces, y mentí sin vacilación ni vergüenza alguna, con la misma seguridad que si estuviese diciendo la verdad:

—Nadie ha pasado por aquí. Llevo largo rato y a nadie he visto pasar con un pollo.

Yo mismo me admiraba de mi aplomo.

—El bergante aprovechó que yo espumaba las verduras. Agarró el más rollizo.

Quedaron dudando unos momentos. Luego, regresaron por donde habían venido, arrastrando los pies y rezongando vituperios contra el ladrón.

Esperé un tiempo antes de decidirme. Luego eché a andar hasta el matorral.

—Salga quien sea —exclamé—. Ya nadie hay aquí que le persiga.

Las ramas se apartaron y el muchacho salió.

—Os doy las gracias por vuestra ayuda —murmuré.

Debía ser de mi edad, pero tenía aún en la voz ecos infantiles. Sujetaba con ambas manos el cuerpo, sin duda cocinado, de un gran pollo. Igual que había hecho el cocinero, me daba el tratamiento con que yo estaba acostumbrado a dirigirme solamente a los superiores. Y, en efecto, sentí dentro de mí un peculiar orgullo.

—No te he ayudado —contesté—. No quise precipitarme. Necesito juzgar por mí mismo.

Me miraba con humildad. Yo me encontré viviendo entonces la misma situación de que había sido víctima algu-

nas veces: esa en que un mayor en autoridad y gobierno interpela a alguien altaneramente, inquiriendo los detalles de una conducta. Pero en aquella ocasión, la víctima no era yo.

—¿Es cierto que lo robaste?

El muchacho afirmó con la cabeza. Luego, exclamó:

—Tengo hambre.

Su voz era tan sincera, que me sentí avergonzado de haber asumido aquella actitud de superioridad y no supe qué contestar.

—¿Puedo comérmelo? —preguntó.

Yo encogí los hombros.

—Claro —dije.

El muchacho se sentó sobre la arena y comenzó a devorar el pollo a grandes bocados. Me senté cerca de él, mirándole comer de aquel modo frenético, con el interés de contemplar un espectáculo inusual.

Tras una serie de apresurados mordiscos, el muchacho se detuvo, con aire cohibido. Luego, arrancó una pata y me la alargó.

—Perdonad —dijo—. El hambre me hizo olvidar los buenos modales.

—No —repuse—. No tengo hambre.

Pero cogí la pata y me quedé con ella en la mano. Él siguió comiendo, aunque con menos ansia. Yo no hubiera imaginado que fuese capaz de terminar aquel gran pollo, pero lo cierto es que, al poco rato, sólo había dejado el esqueleto, casi mondo.

—¿No vais a comeros esa zanca? —preguntó.

—No. No tengo hambre —repetí.

—Feliz vos —dijo, suspirando.

—Toma —dije—. Cómetela tú.

No se hizo rogar y devoró el contramuslo y el muslo con rapidez. Luego se levantó, se acercó a la orilla de la mar y se lavó con cuidado el rostro y las manos. Volvió a acercarse a mí mientras se enjugaba la cara con un pañuelo insólitamente limpio que había sacado de su camisa.

—¿No te dan de comer en el barco? —le pregunté.

—Ya no tengo barco. Me licencié hace tres días. El tiempo que llevo en ayunas.

—¿Vienes de España?

—Sí —repuso.

Se tumbó boca arriba, con la cabeza apoyada en los brazos. Lanzó un suspiro.

—De allí vine.

—¿No tienes familia?

Estuvo un rato en silencio, como recordando. Luego habló despacio:

—Madre y hermanos. Mi hermano anda lejos de casa y mi hermana no me tiene afección. Y mi padre murió hace años.

—También el mío murió —dije yo, con un sentimiento de simpatía.

—Sois huérfano como yo, entonces —repuso.

—No me des esos tratamientos —exclamé—. Debemos andar por la misma edad. Yo cumplí los quince el día cinco de marzo.

Se alzó otra vez y quedó sentado, con los brazos rodeando las rodillas.

—Yo los cumplí la misma noche de San Silvestre, en Sevilla, jugando al rentoy con alegres camaradas.

—¿Qué es el rentoy?

Me miró con sorpresa.

—Un juego de naipes. ¿No juegas a los naipes?

Yo recordé que mi tío, para censurar la afición de los españoles por el oro y el azar de ganarlo, me había contado que lo primero que hicieron, tras conquistar México-Tenochtitlán, fue fabricar naipes, recortando cuero de tambores, y que con ellos se jugaban las ganancias que habían logrado como botín de su conquista.

—No —dije.

Quedó en silencio unos instantes. Luego, habló con la mirada puesta en el mar.

—Gané hasta cincuenta reales, pero sólo pude quedarme con cinco. Mis camaradas eran mayores que yo y mi buena suerte les fue desesperando de tal modo que de las pullas pasaron a los juicios temerarios y concluyeron que yo estaba haciendo trampas.

Volvió a suspirar.

—Y se repartieron al fin los reales, dejándome la parte menor. Pero yo no hacía trampas, sino que, ciertamente, conocía el juego y sus mañas mejor que ellos. Pues desde muy niño aprendí los juegos de naipes y hasta hacía de compañero, sin desdoro, de jugadores muy avezados.

Aquella luminosidad tan blanca de la hora en que llegué a la playa había decrecido y comprendí que debía volver con mi padrino.

—Yo debo regresar —dije, levantándome.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó, alzándose también él—. No tengo nada que hacer.

—Bueno —repuse.

—Me llamo Juan Gutiérrez —añadió—. A mi padre, que en Gloria esté, en España le daban el apodo de Truchuela.

—Mi nombre es Miguel Villacé Yólotl.

—¿Yólotl?

—Mi padre era español, pero mi madre es india —dije.

Y nos pusimos a andar de regreso, evitando el camino de las cocinas.

## V

Cuando llegamos a la plaza, mi padrino y el fraile no habían regresado todavía. Mientras les esperábamos, Juan me relató su historia.

La venta de su padre estaba en algún punto del Camino de Santiago, entre Sahagún y Astorga, en uno de esos paisajes que yo no conozco y que sólo puedo imaginarme a partir de las descripciones de quienes, como mi padrino, fueron originarios de aquellas tierras. Según cuentan, son ribereñas de ríos y están cuajadas de masas de árboles altos cuyas hojas, en el tiempo frío, amarillean y se desprenden, dejando las ramas desnudas; tras los valles, las colinas se alejan hasta el horizonte, cerrado por una sierra de montes nevados.

Recorrían ese Camino, buscando la tumba del apóstol Santiago, por simple devoción o en ofrecimiento por alguna gracia recibida, gentes piadosas. Pero al socaire de las buenas gentes, bullía un tropel de vividores y de truhanes.

Con ocasión del robo de unos géneros, se descubrió lo hurtado en un escondrijo de la venta. Prendidos los

ladrones, éstos implicaron en su confesión al propio ventero, como cómplice y encubridor de su fechoría.

Según su hijo, el ventero era hombre pacífico y, de estar envuelto en el asunto, más lo sería por su natural bondad que por afán de lucro. Pero fue prendido también, transcurrió el proceso, faltó el favor de los poderosos y, por fin, la justicia les castigó a todos.

Así, por sentencia firme, el ventero fue condenado a remar como forzado, durante tres años, en las galeras de Su Majestad.

—Apenas vivió un año. Luego supimos que, en un abordaje de los piratas berberiscos, la nave fue incendiada y murieron muchos galeotes, incapaces de soltarse de las cadenas con que iban amarrados a los bancos donde debían remar. De tal modo infausto fue la muerte de mi buen padre.

Durante la ausencia del padre, la madre y los dos hermanos mayores, Pedro y Lucina, seguían con la venta. Con el tiempo, Pedro se fue a servir al Rey en la guerra y partió para Italia, y Lucina casó con un tratante que solía parar mucho en la venta. El tratante dejó su vida andariega y, a los pocos meses, era el verdadero señor y dueño de la venta, pues había ayudado a cancelar, con sus bienes, algunas graves deudas familiares.

—Era ruin, avariento. Maltrataba a los tres criados, que por viejos apenas se podían mover. Sospechaba del acecho de todos, como si su poder fuese el de un príncipe rodeado de envidiosos enemigos dispuestos a destronarlo. Por otra parte, nos recordaba de continuo el baldón de aquel marido y padre galeote, contraponiéndose él mismo como modelo de rectitud y honestísima conducta.

Tenía muy desarrollado el sentido del ahorro y ello se manifestaba de modo cada vez más acusado en todo, y muy principalmente en la comida, el tradicional caldo de nabos o berzas que primero perdió los chorizos, luego las costillas ahumadas y al cabo el tocino, quedando reducido, ya para siempre, a un aguado cocimiento de las verduras.

—Una tarde había entrado yo en el gallinero. Por pura hambre, que no por gula, tomé un huevo rollizo y moreno y, tras sacudirlo para que en su interior se mezclasen clara y yema, hice un orificio en cada extremo y sorbí con ganas el contenido. En tal actitud me descubrió mi cuñado que, de modo furtivo, me vigilaba.

El muchacho se quedó en silencio largo tiempo.

Interesado en su historia, le insté a que continuara.

—¿Y qué sucedió?

—Entró sin que me apercibiese y se arrojó sobre mí, golpeándome e insultándome. Mezclaba a mi pobre padre en sus injurias, motejándome de ladrón hijo de ladrón. Al principio, yo me protegía con los brazos de sus golpes, pero una furia grande se encendió dentro de mí y bajé los brazos. Me miraba con los ojos desorbitados. «Deteneos», exclamé. «En mi casa estoy, y de lo mío como.» Aquello le exasperó aún más, y desabrochó su gran cinturón, dispuesto a desceñírselo y darme de cintarazos con él. Entonces, tomé una azada que había junto a la puerta y le golpeé en la cabeza. Le di con todas mis fuerzas. Me miró un instante con el gesto confuso de quien descubre tarde su demasía. Luego, cayó al suelo, con la frente llena de sangre, espantando a las gallinas.

Volvió a quedar callado. Yo respeté su pausa y no le pregunté nada. A poco, tras un nuevo suspiro, continuó:

—Estuve contemplándolo largo tiempo, hasta que percibí en su inmovilidad la imagen de la muerte. Horrorizado ante aquel hecho sin remedio, determiné entonces huir. Primero, arrastré el cuerpo por los pies, hasta esconderlo en un cobertizo. Luego, con el mayor secreto, busqué en la casa algunas ropas y comida, y escapé por el monte sin que nadie me viese.

A partir de aquel momento, en la vida de Juan habían transcurrido dos años llenos de peripecias. Camino del sur, fue topando con otros muchachos también escapados de sus casas. Encontró igualmente hampones y jugadores de ventaja, ladrones de bolsas y mutilados de guerra que ejercían la mendicidad trashumante o actividades de mala índole.

—En una venta llamada del Molinillo conocí a dos muchachos algo mayores, desertores de sus estudios, que me hablaron de la holganza y libertad que se disfrutaban en las almadrabas, en la costa.

Allí pululaba al parecer la bulliciosa compañía de muchos jóvenes. Eran días de juegos, bailes, baños, largas partidas de naípe, tabas, bolos, pelota. Una vida ociosa y cantarina, de alegre vagancia.

—Una noche, mientras todos dormíamos, desembarcaron aquellos malditos piratas de Berbería y tomaron cautivos a la mayor parte. Decidí, pues, alejarme de parajes tan peligrosos y me fui a Sevilla.

Yo había oído hablar a mi padrino de Sevilla como de un emporio fabuloso, puerto de partida de todas las esperanzas, ciudad de hermosura y grandeza que sólo con la mirada podrían apreciarse. Sin embargo, la ciudad que me señalaba Juan era muy distinta: allí campeaban el

hurto y la mala vida, y toda la caterva de los pícaros estaba organizada. Los productos de los robos y rapiñas eran administrados colectivamente, y hasta la justicia recibía participación en la renta de las fechorías. Harto de aquel disciplinado latrocinio, Juan tomó la determinación de embarcarse para las Indias.

—Pensé que podría reunir el suficiente dinero con mi habilidad en el juego de cartas, pero la fortuna no me favoreció. Por fin, resolví hacerme con el dinero del modo que fuese, y conseguí escamotearle una bolsa a una noble y rica señora que viajaba hacia la Corte para pretender en el pleito de algunos títulos y mercedes. Pero resultó, para mi mala fortuna, que la tal no era sino una señora fingida, que por ello se hacía pasar para embaucar a los incautos. Toda la cofradía del hampa, y hasta los propios ejecutores de la ley, se pusieron en mi rastro. Los ciegos me veían y los tullidos me seguían a carreras. Perdí la bolsa, y casi la vida, a la orilla del río. Molido a palos, logré escabullirme y supe que no podía permanecer en la ciudad. Así, aprovechando la negrura de la noche, conseguí entrar en una nao y esconderme en la bodega, entre los faros y los toneles.

La nao formaba parte de una flotilla que partió para la Nueva España pocos días después. Primero, la flotilla se detuvo en la isla Gomera, donde cargó los últimos bastimentos. Luego, emprendió de nuevo el viaje, con poco viento. Juan apuró los postreros pedazos de bizcocho y llegó a comer alubias y guisantes secos, de unos sacos. Al cabo, desfallecido de hambre y de sed, se presentó al capitán.

—El capitán era hombre malhumorado. Al principio, me amenazó con echarme por la borda y llegué a pen-

sar que lo haría. Luego, juzgó mejor hacerme pagar con mi trabajo licencia y pasaje. Me hizo trabajar como grumete, ayudante del despensero, marmitón...

Juan extendió sus manos. Eran largas y finas, pero las palmas estaban llenas de callosidades y raspaduras.

—Y todo ello mal comiendo, pues el capitán había ordenado que no se me diese más de media ración. Llegamos por fin a la isla de Cuba e intenté despedirme, pero no me lo consintieron; y supe por el carpintero, que era buen hombre, que el capitán pensaba beneficiarse de por vida con mi servicio, como si de un esclavo se tratase. Así, cuando llegamos a este puerto, preparé mi fuga; y cuando la flota, hecha la aguada y el repuesto, se dispuso a seguir viaje, aproveché una oportunidad para saltar al agua y regresar al puerto.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo sé.

Yo le miraba con admiración, asombrado de saber que sus suaves facciones de muchacho ocultaban aquellas experiencias tan duras. Me daba lástima verle tan sucio y roto, y saber que le esperaba un destino de desventuras similar al que me había relatado.

—¿Quieres venir con nosotros?

—¿Puedo ir?

—Yo se lo pediré a mi padrino. Espérame aquí.

Mi padrino y el fraile llegaron a la hora de comer. Cuando terminamos el almuerzo, yo me dirigí a mi padrino y le conté brevemente el caso. Le dije que el muchacho carecía de familia, de oficio y de techo.

—Dile que venga —repuso mi padrino.

Salí a buscar a Juan, que permanecía junto al portalón. Cuando le tuvo delante, mi padrino le hizo varias

preguntas y a todo respondió con gesto mesurado y respetuoso.

—¿Y sabes las cuatro reglas?

—Las sé, mi señor.

—¿Y música?

—Alguna canción puedo acompañar con la guitarra, y aun con la vihuela.

En la posada había una vieja y renegrida guitarra. Mi padrino hizo que se la dejaran y el muchacho, sentándose en una banqueta y tras afinar las cuerdas del instrumento, cantó:

*¿Dónde estás, señora mía,  
que no te duele mi mal?  
O no lo sabes, señora,  
o eres falsa y desleal.*

Tenía una voz muy hermosa; una voz que resaltaba sobre aquel pelo desgreñado y las manos estropeadas, como si surgiese de diferente persona. Todos se habían callado y le escuchaban con atención.

*De mis pequeñas heridas  
compasión solías mostrar,  
y ahora de las mortales  
no tienes ningún pesar.  
¿Cómo acudiste a lo menos  
y me faltaste en lo más?  
Que en los mayores peligros  
se conoce la amistad.  
El crisol de las verdades  
suele ser la adversidad.*

Cuando terminó, hubo un gran aplauso. Observé que mi padrino tenía los ojos húmedos.

—Dios te bendiga, muchacho —dijo—. Hacía años que no oía cantar de tan bella manera. Mi madre, que Gloria haya, solía cantar también ese romance. ¿Conoces el de la linda Melisenda?

—Alguna parte recuerdo —dijo el muchacho, y cantó:

*Todas las gentes dormían  
en las que Dios había parte;  
mas no duerme Melisenda,  
la hija del Emperante,  
que amores del conde Ayuelos  
no la dejan reposar.*

Cantó todavía durante mucho tiempo, y siempre con su voz tan dulce, y maestría en el uso del instrumento. Al cabo, mi padrino le dijo que descansase.

—Deja ya la música, muchacho, no te quedes sin voz. Mi compañero, mi ahijado y yo necesitamos quien nos asista en las jornadas venideras. Comerás de lo que comamos, y tendrás tu parte en los beneficios del descubrimiento. Y aunque no los hubiera, tu paga equitativa. ¿Estás conforme?

El muchacho tomó la mano de mi padrino y se la besó, sin decir nada. El fraile, que estaba sentado cerca, le llamó y, extendiendo las piernas, dijo:

—Pues ya que estás a nuestro servicio, sácame las botas y dales brillo, aunque la música del lustrado no sea de tanto embeleso.

Y así fue como Juan se quedó con nosotros.